



Rosario Robles

2010

Lejos de ser una fecha meramente conmemorativa, el próximo año debe convertirse en la oportunidad para construir un nuevo pacto social que le dé sustento al México del siglo XXI. La situación lo amerita. Porque, al igual que los años previos a la Independencia y la Revolución, el país está convulsionado. Los males de ayer afloran nuevamente, asociados de manera explosiva a los de hoy. Pobreza y desigualdad siguen siendo una asignatura pendiente. Los pobres ahora son más pobres. Porque durante las últimas décadas se ha privilegiado un esquema que sólo pretende administrar la pobreza. La vía de las transferencias monetarias no ha sido suficiente para revertir el profundo deterioro económico y social de amplias franjas del país. Y no lo es por la sencilla razón que ese modelo no genera igualdad, progreso, reconstrucción del tejido social. Ahí están los datos duros para corroborarlo. En lugar de disminuir, la pobreza se ha acrecentado. Con el agravante de que las remesas (que durante años jugaron un papel de contención social) disminuyeron significativamente en los últimos meses, provocando con ello un deterioro de muchos de los hogares receptores de esos ingresos. Las clases medias también han sido golpeadas, pues los viejos mecanismos de movilidad social han sido dinamitados. Mares de pobreza frente a islas de riqueza que son patrimonio de unos cuantos, unos pocos cuyas fortunas son dignas de portadas de revista, pero indignas para

un país en el que la brecha de la desigualdad se ha ampliado. Todo ello que se agudiza con una crisis económica que no sólo nos viene de afuera. No. Tiene también su razón de ser en nuestros males estructurales, en la idea de que había que achicar al Estado, de que todo se podía resolver por la vía de la apertura indiscriminada y del libre mercado. Que dismanteló la política industrial y descubrió al campo, y que se construyó a partir de la dependencia del recurso petrolero. Aunado a ello, la violencia que se ha apropiado de nuestras calles, que nos ha expulsado de las mismas y arrojado al reino del miedo y de la incertidumbre. El narcotráfico y la delincuencia organizada que a diario cobran su cuota de sangre, de terror. Poderes fácticos ilícitos que controlan franjas del territorio, y cuyas

redes se extienden a las instituciones encargadas de procurar justicia y seguridad, minadas por la impunidad y la incapacidad de articular políticas públicas que garanticen la seguridad ciudadana. La república mutilada, maniataada, amenazada por esos poderes ilícitos, pero también por otros que suplantán instituciones, manipulan conciencias, y que en la desmesura hoy quieren hacerse de la silla presidencial.

Pronto arribará 2010 y con ello el festejo de aquellas gestas históricas. Pero como entonces México está en crisis. Es hora de poner un alto en el camino. De asumir el sentido de trascendencia de aquellas generaciones que nos

dieron patria y un pacto social cuyo fundamento es la igualdad. La violencia y la pobreza no pueden seguir siendo el signo de nuestros tiempos. La inmensa mayoría aspira a un país diferente. En el que se pueda vivir en paz, con tranquilidad, con dignidad. Pero para eso es necesario dejar atrás la mezquindad y la mediocridad. Poner por delante los intereses nacionales, la necesidad de una nueva república, de un nuevo pacto social, de un nuevo Estado, de una nueva sociedad. Es indispensable también asumirnos como ciudadanos. No como clientes o miembros de una corporación que adoptan el silencio para no perder sus prebendas, sino como hombres y mujeres con derechos, con deseos de participar, de hacerse nuevamente de las calles y de la política, como el mejor medio para recuperar el país. Pero eso significa enaltecer la política. Dejar de concebirla como espectáculo. Recuperar la congruencia y la ética hace tiempo perdidas. Asumir una perspectiva de Estado y un proyecto de país que nada tienen que ver con las visiones cortoplacistas, con el marketing desmedido, o con el delirio. 2010 debe abrir un nuevo ciclo. Es hora de refundar la República.

Ser... o neceser

Mi solidaridad con el pueblo de Guerrero, con la familia de Armando Chavarria, y con Zeferino Torreblanca. Son tiempos difíciles. Es momento de cerrar filas. También de encontrar y castigar a los culpables de tan artero asesinato. ■■

robles@mileniodiario.com.mx



**Es hora
de hacer
un alto
en el camino.
De asumir
el sentido de
trascendencia
de aquellas
generaciones
que nos
dieron patria
y un pacto
social cuyo
fundamento
es la igualdad**

